

ÍNDICE

<i>Introducción</i>	9
Capítulo 1. APRENDIZAJE INFORMAL Y APRENDIZAJE FORMAL	17
1. De la verticalidad a la horizontalidad: un cambio de paradigma....	24
2. Aprendizaje colectivo: las comunidades de aprendizaje	27
3. El aprendizaje colaborativo en red. <i>Experiential learning</i> : un caso de interlingüística.....	41
Capítulo 2. REDES SOCIALES PARA EL APRENDIZAJE DE LENGUAS	63
1. El papel educativo de las Redes Sociales.....	65
2. El rol del docente en el aprendizaje informal y horizontal a través de Redes Sociales	75
Capítulo 3. LA FUNCIÓN DE LAS REDES SOCIALES EN LA CREACIÓN, DESARROLLO Y EXPLOTACIÓN DE MICROACTIVIDADES	91
1. Aprendizaje móvil y social	93
2. Microactividades en dispositivos móviles y su aplicación en Redes Sociales	107
Capítulo 4. PLANTEAMIENTOS DIDÁCTICOS DE EVALUACIÓN INFORMAL Y FORMATIVA	115
1. Propuestas de evaluación informal por competencias	138
Capítulo 5. REDES SOCIALES Y TRATAMIENTO DEL CONOCIMIENTO	155
1. El conocimiento colectivo en la sociedad contemporánea.....	157
2. Aplicaciones para la difusión del conocimiento y la investigación.....	163
3. El papel de las Redes Sociales en la difusión del conocimiento ...	166
4. Divulgación de conocimiento a través de Redes Sociales y mediciones de su impacto	169
5. Generación de conocimiento a través de Redes Sociales.....	171

<i>Capítulo 6. REDES SOCIALES Y TRATAMIENTO DE LA INFORMACIÓN</i>	175
1. <i>Collective awareness</i>	177
2. Conciencia colectiva y compromiso social.....	178
3. Redes Sociales para la difusión de la información y aplicaciones tecnológicas para su análisis y seguimiento.....	183
4. Ventajas y desventajas sobre la socialización de la información.....	189
<i>Referencias bibliográficas</i>	197

Capítulo 1
APRENDIZAJE INFORMAL Y APRENDIZAJE
FORMAL

*El futuro es de quien se supera a sí mismo por un ideal.
Por lo tanto, no habrá educación perfecta sin libertad.*

Ida Baccini

En un contexto sociocultural como el que nos rodea y en el que interactuamos ya no es posible la comunicación sin la revolución tecnológica que nos transporta, a una velocidad inusitada, a nuevas dimensiones y perspectivas en las que la formalidad pierde cada vez más a favor de la informalidad. Lo vemos en situaciones cotidianas y en diferentes ámbitos profesionales, académicos y sociales. La tecnología y las Redes Sociales están cambiando la manera de ver el mundo y de comportarnos socialmente. Y estos cambios influyen en las estrategias de transmisión de conocimientos, cuyos resultados nos acercan cada vez más a un cambio de paradigma y al empoderamiento del aprendizaje frente a la enseñanza.

Estamos en la era de la adquisición masiva de contenidos, sin necesidad de programas preestablecidos, y con un aceleramiento hacia el interés, personal y colectivo, por la búsqueda incesante de información. Una dimensión donde la tradicionalidad ocupa cada vez menos espacio y donde el docente se transforma en aprendiente en línea con los discentes y en un constante proceso de reciprocidad del aprendizaje. En esta línea podemos definir, según Salinas Ibáñez, el aprendizaje formal como los objetivos que concluyen en una calificación cuyo resultado es la obtención de un título o certificado académico. Este tipo de aprendizaje necesita seguir un control externo y estar supeditado a una serie de «criterios sumativos». El aprendizaje informal, en cambio, es más interno ya que está motivado por intereses personales de los discentes y no implica, necesariamente, el reconocimiento mediante calificación o títulos reconocidos (2003).

Es preciso señalar, sin embargo, que la informalidad en el aprendizaje no tiene por qué ser sinónimo de desprogramación. Al contrario, el aprendizaje informal también puede ser programado y organizado para la obtención de resultados académicos demostrables y fehacientes. La informalidad, por lo tanto, no radica en la falta de criterios y objetivos,

sino en la forma de conducción y percepción. Aquí, nos enfrentamos a una nueva forma de percibir el aprendizaje, ya no vertical sino horizontal, y de ello hablaremos más adelante. La reflexión es la mejor manera de desarrollar un espíritu crítico de frente a la asimilación de conocimientos adquiridos; por lo tanto, tenemos que estimular esta habilidad en los discentes y hacer que sean capaces de sentirse responsables de su propio proceso de aprendizaje. En la actualidad estamos estancados en un sistema basado en memorización y repetición, un círculo vicioso en el que no tiene cabida el cuestionamiento de la información sino, más bien, la aceptación y resignación. Lo que queremos decir es que el aprendizaje tiene que ser un momento de acción, creación, reelaboración, discusión, interacción y por qué no, diversión.

En realidad, «En los salones de clase en todos los niveles de la educación, predominan las lecciones, las lecturas y los trabajos escritos elaborados solo con base en textos y con escasas oportunidades de participación, observación y contacto directo con las situaciones/contenido que se pretende enseñar, razón por la que se le ha llamado aprendizaje descontextualizado» (Mejía, 2005: 6). Esto es lamentable después de siglos de historia de la pedagogía y con altas tasas de abandono escolar. La consecuencia de este tradicional y bancario aprendizaje formal es la desmotivación tanto de los docentes como de los discentes. No nos engañemos, el fracaso es recíproco. Sin embargo, continuamos sosteniendo el aprendizaje formal por la comodidad y por su anclaje al sistema secular del cual es difícil extraerlo para convertirlo en algo más práctico, dinámico y efectivo.

Si el docente adquiere un verdadero compromiso con la metodología que imparte, inevitablemente tiene que reflexionar sobre lo que está haciendo en el aula y, aunque la tecnología no es la única solución, sí facilita y abre camino hacia nuevas perspectivas en las que es posible «una construcción significativa del conocimiento» (Mejía, 2005: 6) mediante el estímulo y la formación de hábitos de «indagación» que favorezcan la curiosidad de los discentes y desarrollen el «pensamiento reflexivo y crítico» (Mejía, 2005: 6).

Uno de los contrastes relevantes entre los escenarios de aprendizaje escolar y los llamados informales o de la vida cotidiana, es la gran diferencia en las formas de interacción y participación entre aquellos

involucrados en cada escenario. La interacción que se da en el modelo educativo formal o institucional por lo general implica una configuración particular de elementos: roles identificados fijos y en estructura jerárquica (maestro-alumno), un programa predeterminado de contenidos, una forma evaluativa del conocimiento, estructuras y lenguajes de comunicación particulares entre maestro y alumnos y alumnos entre sí. En contraste, el modelo de socialización o de aprendizaje y desarrollo cultural (o de manera similar, el llamado aprendizaje informal) que se ha observado en comunidades con poca experiencia generacional en la educación formal, implica la participación de los interactuantes en forma por lo general horizontal, una motivación inherente que muestran los participantes al interesarse e involucrarse en la actividad, un contenido relevante a los intereses y la vida de los participantes, y una participación progresiva legítima periférica. En tales escenarios y situaciones se aprende con entusiasmo y por el entusiasmo de otros, porque se construye a partir de compartir experiencias con otros y porque el intercambio de ideas y dudas es parte relevante para el logro del objetivo compartido. En estos casos, por lo común es muy claro el propósito de la actividad en cuestión y la manera de involucrarse entonces es voluntaria, es decir, hay una motivación inherente al interés de realizar la actividad, y la persona tiene la percepción de que controla el grado de involucración, de profundización y del tiempo que se invierte en aprender (Mejía, 2005: 9).

Esta reflexión de Rebeca Mejía responde a gran parte de nuestro interés en demostrar que necesitamos un cambio de paradigma que no modifique del todo los roles tradicionales; pero sí los recomponga y les asigne una función más significativa y funcional en el contexto en el que vivimos, y que es el principal referente para los sujetos protagonistas del proceso de aprendizaje. Estamos completamente de acuerdo con que el aprendizaje informal también se puede llevar a cabo en el aula; pero de una manera más abierta y crítica, con implicación y reciprocidad. Además, mediante la implementación de las Redes Sociales y del aula social, aunque estemos en un espacio cerrado, el ciberespacio permitirá que nos movamos en un contexto ilimitado o, más precisamente, el que mejor se adapte a las necesidades de aprendizaje. Esto quiere decir que el aprendizaje se convierte en motivo de curiosidad e interés y abre el abanico de la búsqueda de aclaración sobre las incógnitas que genera el mismo proceso. Así, los aprendientes se convierten en investigadores y creadores

de información y conocimientos, lo que contribuye al «autodesarrollo y donde el énfasis se traslada de la enseñanza al aprendizaje [...] de forma que el alumno vaya formándose como un maduro ciudadano de la sociedad de la información» (Salinas Ibáñez, 2003: 35). En este escenario, más amplio e informal, «las tradicionales instituciones de enseñanza pasan a constituir simples nodos de un entramado de redes entre las que el alumno/usuario se mueve en unas coordenadas más flexibles y que hemos denominado ciberespacio» (Salinas Ibáñez, 2003: 35). Por esta razón, «el aprendizaje implica algo mucho más amplio y complejo que la posesión o adquisición de conocimientos, ya que no es un proceso de adquisición sino de participación» (Mejía, 2005: 10). Y precisamente, es esto lo que lo diferencia del aprendizaje formal, que es más estático, silencioso e individual. La colaboración genera movimiento, interacción y como consecuencia, participación, sinergias necesarias para el desarrollo de competencias lingüísticas, culturales y transversales, en las que la curiosidad forme parte del «proceso intersubjetivo de aprendizaje». Es así como «la investigación del aprendizaje informal [...] debe ser abordada de manera interdisciplinaria» (Mejía, 2005: 10), donde otras disciplinas también entran en juego, como la educación, la psicología, las ciencias cognitivas y sociales, entre otras.

Ante estos interrogantes de Paradise:

¿Cómo caracterizar lo que impulsa a una persona a aprender en contextos familiares y comunitarios?, ¿por qué una persona intenta aprender y qué es lo que le llama la atención de este proceso?, ¿cómo se expresa este interés o atención?, ¿qué efecto o relación puede tener con las características del ámbito sociocultural?, ¿cómo se compara con el tipo de motivación que se reconoce en el aprendizaje formal escolar? (2005: 12),

podemos responder, según nuestra experiencia en diferentes ámbitos educativos, que el aprendizaje no se puede limitar a círculos cerrados ni a espacios fijos.

En realidad, todo lo que nos atrae y estimula está en contacto con los contextos socioculturales que integramos en nuestra vida, incluido el ocio. Por lo tanto, aprendemos mientras crecemos y vamos adaptando todas esas experiencias socioculturales a nuestra formación in-

tegral, según nuestro perfil personal. En esos contextos elegimos lo que nos gusta y lo transformamos en conocimientos enriquecedores, conscientes de un proceso de valores y mecanismos que nos conducen a la madurez; pero aprendemos disfrutando y compartiendo, porque, al fin y al cabo, la finalidad principal de la educación es la felicidad. Todo esto lo vivimos fuera del ambiente escolar; pero dentro, ¿es posible que se lleve a cabo el aprendizaje informal? Rosales responde muy bien a esta pregunta:

El desarrollo de aprendizajes informales en el centro escolar será tanto más posible en la medida en que la programación, la metodología y los procedimientos de evaluación sean más abiertos y flexibles, permitan una mayor iniciativa y participación del alumno en el diseño y realización de sus aprendizajes y, por lo tanto, en el uso de medios [...] Esta metodología implica que el profesor adopte un rol de diseñador de ambientes y recursos, así como de orientador a disposición del alumno cuando este demande su apoyo. Una metodología así, basada en el reconocimiento de la capacidad del alumno para aprender, tiene unas características muy diferentes a la tradicional basada en la directividad del profesor apoyada por un sistema de premios y castigos. Juntamente con las tareas de observación y evaluación el profesor ha de realizar una función de concienciación del alumno sobre sus propios aprendizajes informales, de los que muchas veces no es consciente. Esta función se plasma a través del diálogo, con el que el profesor estimulará el recuerdo y la toma de conciencia de sus alumnos sobre los aprendizajes que realiza de manera informal. Se trata de recordar y analizar experiencias e identificar en ellas progresos a veces significativos. Es importante asimismo que estos aprendizajes se coordinen con otros de carácter formal a fin de facilitar su enriquecimiento (2009: 29-30).

Es así como,

en el aprendizaje informal no encontramos un interés especial en controlar y dirigir el proceso. No existe un intento premeditado que no sea del aprendiz mismo, ni un acercamiento instrumental viéndose hacia el futuro ni un interés demasiado explícito en promover que alguien aprenda, sino que la atención o el enfoque se concentran en la actividad misma, así como en su realización (Paradise, 2005: 14).

1. DE LA VERTICALIDAD A LA HORIZONTALIDAD: UN CAMBIO DE PARADIGMA

Nos encontramos ante una sociedad que comienza a gestionar y a organizar el conocimiento a través de la globalización y el uso colectivo de la información, dejando atrás cualquier comportamiento egocéntrico que aleje al individuo de la esfera social, de la red de acciones y decisiones que ahora constituye, siendo la comunidad en su esencia.

El individuo, en su dimensión constructiva del conocimiento, no solo recibe, sino que produce y comparte información que se convierte en un engranaje cultural que circula a través de las Redes Sociales y que constituye las formas de ser, de vivir y de aprender de una comunidad. En este contexto sociocultural aparecen nuevas formas de participación y relación que requieren una actitud totalmente innovadora y de compromiso tanto cultural como social, en un ambiente colaborativo y cooperativo, con un amplio contenido pragmático.

Esta forma de ver el mundo, y el todo que lo constituye, creando y recibiendo información es la que debemos tener en consideración ya que es precisamente allí donde se ubica el epicentro de la evolución actual y, para cambiar, innovar y estimular nuevas generaciones de aprendices, es necesario comprender el mecanismo que la inicia y ponerlo en práctica. Como consecuencia, «se produce un enorme avance social y económico donde las personas que conforman la organización se tornan como eje dinámico y vertebrado de las mismas» (Trujillo y Cáceres, 2010: 81), creando las nuevas dinámicas de participación que surgirán en la construcción del conocimiento que forma parte del hacer y actuar en clave educativa hoy y mañana. El futuro parte del presente y el presente es una red de habilidades que se alimentan unas de otras.

La concepción del proceso docente carecería de sentido sin la participación equilibrada de los integrantes; es decir, estudiantes y docentes, en la construcción de conocimientos que, como dice Trujillo (2006), deben ser distribuidos y así realizados de manera responsable e inseparable. Se trata de un proceso en el que el líder es cada uno de sus participantes, quienes aprenden de los demás y contribuyen al resultado final. En la comunidad, el cuerpo docente también debe aprender del estudiantado porque, en el nuevo sistema innovador, cada miembro tiene su propia

contribución; de lo contrario, la cadena deja de ser eficiente y el trabajo social o aprendizaje colectivo pierde su función constructiva. Se trata, en definitiva, de un debate en el que los docentes deben echar una mirada al pasado para contrastarlo con las exigencias del presente y poder planificar la enseñanza del futuro; por lo tanto, debemos tener cuidado con lo que hacemos, con lo que enseñamos.

Si analizamos de cerca las principales ventajas del aprendizaje horizontal podemos apreciar que inciden, positivamente, en la generación colectiva de conocimientos, que aportan también beneficios individuales ya que, en este proceso recíproco, cada uno asimila la información que le interesa y se nutre de los conocimientos colectivos, generando una red que se retroalimenta continuamente.

En 2003, Theresa Schilhab retomaba la idea de aprendizajes implícito y explícito; o lo que es lo mismo, inconsciente y consciente, que tanto ha sido estudiada por expertos a lo largo de la historia de la pedagogía y la psicología:

Several studies have addressed the differences between implicit and explicit learning. Focus has been on tacit, automated, non-conscious, procedural and incidental learning as opposed to symbolically represented learning, expressed in words. Separation of implicit and explicit learning is generally based on the absence or presence of conscious awareness of the learned material (Schilhab, 2003: 1).

Quizá, en este nuevo planteamiento didáctico, sería conveniente y necesario plantear la importancia del aprendizaje implícito, sin separarlo demasiado del explícito, pero pudiendo utilizar ambos, aunque dando mayor relevancia a los principios tácitos, automatizados e inconscientes del aprendizaje incidental, de modo que los miembros de la comunidad de aprendizaje puedan adquirir conocimientos de manera espontánea, a través de la experiencia, e integrarlos a sus habilidades.

Para Giordano Paredes y López-Mújica:

El aprendizaje horizontal es capaz de desarrollar competencias, crear transversalidad, incrementar el diálogo y la comunicación entre discentes y docentes. Además de integrar diferentes estilos de aprendizaje, aunar intereses, estimular el aprendizaje, reorganizar categorías, unificar

individualidades, crear comunidades, satisfacer necesidades, potenciar habilidades, eliminar jerarquías y reproducir contextos reales de aprendizaje, acercando así a los aprendientes a los modelos reales a los que se enfrentan en la vida, sobre todo en el ámbito del aprendizaje de lenguas cuya finalidad principal es la intercomunicación (2024: 31-32).

Y aquí entran en juego las competencias interlingüística, intercultural, pragmática y sociolingüística, necesarias para el aprendizaje lingüístico y que se deberían tener en cuenta tal y como lo exige el Marco Común Europeo de Referencia para las Lenguas (MCER). El aprendizaje de lenguas es un proceso de desarrollo de competencias y habilidades que van entrelazadas y coordinadas, y el resultado de ese proceso es la comunicación que adviene de manera espontánea e interactiva. Sin una comunicación efectiva y eficiente no hay aprendizaje lingüístico. Por esta razón, apelamos a las comunidades de aprendizaje en red para contribuir al desarrollo integral de competencias y facilitar la asimilación de la lengua meta. El aprendizaje horizontal permite que la interacción sea más fluida y que la lengua sea adquirida de manera natural, a través de la interacción entre los miembros de la comunidad, sin ningún tipo de jerarquía.



Figura 1. Horizontalidad en el proceso de aprendizaje-enseñanza. Fuente: Elaboración propia.

Como podemos apreciar en la imagen, tanto el discente como el docente, interactúan recíprocamente y se benefician del aprendizaje sin priorizar principios verticales de aprendizaje, lo que significa que el proceso se desarrolla de manera libre y espontánea y ninguno de los protagonistas retiene, de manera exclusiva, los conocimientos, sino que los comparte indistintamente. En el aprendizaje de lenguas es fundamental la comunicación directa y, si se mantiene en eje horizontal, mejor.

El diálogo es la base del aprendizaje horizontal y, mientras más comunicación haya entre los componentes de las comunidades lingüísti-

cas, más efectiva será la adquisición de conocimientos, ya que «the well-established dialogue that allows participants to build common meaning, values and knowledge during interaction is at the core of horizontal learning, thus creating a basis for understanding and improving educational practise» (Korać, Đermanov y Šćepanović, 2021: 142). Esto implica el desarrollo de las competencias y el manejo de las herramientas necesarias para que el proceso fluya de manera espontánea y los conocimientos estén al alcance de todos los miembros de la comunidad de aprendizaje, de manera lineal, horizontal y efectiva, generando más conocimientos y potenciando las habilidades.

También es importante, como resalta Giordano Paredes, que el protagonismo no advenga de manera individual sino a partir de una perspectiva colectiva; es decir, del contacto que cada discente establece con los demás miembros del proceso de aprendizaje, en lo que denomina Aprendizaje Social, siendo este condicionado por diferentes factores socioculturales y pragmáticos que están en constante evolución (2021). Y, como indica Vines (2010), es particularmente importante ser conscientes y promover el aprendizaje horizontal, ya que este nuevo paradigma provocará cambios en las identidades de los estudiantes, que pasarán de ser receptores pasivos de conocimientos tradicionales a buscadores activos de información y creadores de nuevos saberes.

2. APRENDIZAJE COLECTIVO: LAS COMUNIDADES DE APRENDIZAJE

El siglo XXI se enfrenta, necesariamente, a un cambio de paradigma, basado en las diferentes interpretaciones del Constructivismo y en los pensamientos filosóficos que hemos visto a lo largo de la historia, como en las demostraciones científicas presentes en la psicología a través de estudios experimentales en sujetos, especialmente niños. En este camino se destacan tres maneras de ver y concebir el Constructivismo: en primer lugar, un Constructivismo Cognitivo basado en la ideología piagetiana. En consonancia, pero con algunas discrepancias, especialmente en la forma de concebir el intercambio con el entorno externo, existe el Constructivismo de orientación sociocultural, también llamado Constructivismo So-

cial, Socioconstructivismo o Co-constructivismo cuyas raíces se pueden encontrar en el pensamiento de Vygotsky y en un Constructivismo sujeto a la construcción social que sigue las ideas sociológicas de Peter Ludwig Berger, sociólogo austriaco que desarrolla la teoría de «la sociedad como realidad objetiva y como realidad subjetiva» en la que la realidad del individuo es el resultado de la interacción con el contexto social que lo rodea. Teoría muy similar a la del psicólogo ruso, que apoya la adquisición de conocimientos, mediante el intercambio externo-interno del individuo. Al igual que Berger, Luckmann también sostiene que el conocimiento tiene su base en la construcción social de la realidad. Estas diferentes formas de concebir el Constructivismo, si bien comparten la idea de que el conocimiento se adquiere a través de un proceso en el que el sujeto construye su propio conocimiento a través de la interacción externa, según Serrano y Pons, difieren en cuestiones epistemológicas esenciales como el influjo externo de conocimientos y el carácter social o individual de dicha construcción de saberes, y el mundo que los circunda (2011).

En las investigaciones más recientes, Radford nos habla de un encuentro de saberes colectivos mediante el cual los sujetos entran en contacto con nuevos conocimientos que enriquecen los ya adquiridos previamente, a lo que denomina «teoría de la objetivación». Para Radford, las comunidades de aprendizaje se rigen por una ética que comprende tres ejes fundamentales: el compromiso o implicación en el proceso de aprendizaje; el reconocimiento y respeto por los demás miembros de la comunidad; y la responsabilidad, tanto con la comunidad y sus contenidos, como con todo el proceso de aprendizaje (2022). Efectivamente, cuando el aprendizaje deja de ser individual y pasa a una escala más amplia, cambia su perspectiva, sencillamente porque entra en contacto con otros individuos con diferentes modos de ver el mundo y con expectativas diferentes de los que se puede aprender precisamente a través del contraste de ideas, en lo que podríamos denominar la tetraconstrucción del aprendizaje: colectivismo, colaboración, interacción y cooperación. Imaginemos por un instante que somos una parte del todo y que la comunidad es el aula social donde crecemos con la ayuda de los más expertos y, a la vez, transmitimos lo que vamos aprendiendo a los que acaban de iniciar y tienen menos conocimientos, de los que tampoco dejamos de aprender. De esta manera, el aprendizaje va en dos direcciones, por un lado, aprendemos, y por el otro, enseñamos; y en todo este espacio los ro-

les jerárquicos desaparecen porque la prioridad es el aprendizaje. De esta manera «el pensamiento de las personas individuales sufre la influencia del grupo en el que se encuentra trabajando», y por lo tanto, «la combinación de procesos intelectuales y sociales puede constituir una característica fundamental de los elementos cognitivos mediados grupalmente» (De Laat y Simons, 2002: 15).

En cuanto a la forma de construir, el Constructivismo Social, a diferencia de los modelos cognitivos que se basan en mecanismos de autorregulación, define su camino según una forma específica de organización social. O, lo que es lo mismo, y según lo explica Varani, se trata del conocimiento basado en la construcción del significado y su adecuada contextualización tanto social como histórica y temporal, como resultado de la construcción activa del sujeto mediante la colaboración y la negociación colectivas (2002) que adviene en el ciberespacio, y más específicamente, en las Redes Sociales. Por lo tanto, se puede decir que este tipo de aplicaciones y recursos tecnológicos, también tienen un carácter democrático y flexible, permitiendo así el flujo de contenidos procesados y comentados por todos los usuarios de la cadena, enriqueciendo así el resultado final. Nos encontramos, por lo tanto, ante el aprendizaje constructivo que Serrano y Pons llaman constructivismos exógenos (2011), una forma colectiva de aprender y transmitir habilidades y competencias lingüísticas y culturales, en lo que podemos llamar la dimensión social del aprendizaje, un lugar donde se comparten responsabilidades, se explotan los recursos de toda la comunidad, se refuerza la idea de trabajo común y grupal y se establecen diversas sinergias entre los participantes; y en este escenario, el docente modifica su rol tradicional convirtiéndose en un elemento más de la red, sin embargo, guiando el proceso de aprendizaje y enseñanza, pero desde otra perspectiva, constructiva, comunitaria y compartida, donde también aprende de su estudiantado. Por lo tanto, en la gran red de conocimientos compartidos, el profesorado se alterna con el alumnado y viceversa en la construcción de información y, finalmente, de conocimiento, pero plausible y pragmático, que toca y rodea a quienes utilizan la información. Las comunidades de aprendizaje, por lo tanto, según Molina Ruiz:

son conjuntos de individuos autónomos e independientes que, partiendo de una serie de ideas e ideales compartidos, se obligan por voluntad propia a aprender y trabajar juntos, comprometiéndose e influyéndose

unos a otros dentro de un proceso de aprendizaje. En ellas, destacan tres componentes: aprendizaje de colaboración, aprendizaje del maestro y aprendizaje del estudiante. El elemento esencial de las comunidades de aprendizaje es la tendencia a aprender trabajando juntos para mejorar la educación. Los profesores se comprometen a trabajar y aprender juntos enfocando su actividad colectiva en el aprendizaje del estudiante [...]. Poder compartir la especialización de los diferentes miembros, afrontar problemas complejos, multiplicar los limitados recursos, ofrecer la posibilidad de aumentar la habilidad de hacer más con menos también representan claros beneficios (2005: 235).

La socialización de la enseñanza crea una estructura múltiple en la que todos los sujetos están condicionados por las fuerzas que impulsan el mecanismo de intercambio e interacción. Los intereses se vuelven así comunes y también los objetivos y propósitos del proceso. El resultado, por lo tanto, es el desplazamiento de la figura única del educando y la inserción en la gran atmósfera social y crítica del individuo como parte intrínseca de la masa; es decir, hombre-sociedad e individuo-colectividad, juntos en la misma dinámica, y mirando hacia los mismos resultados. De esta manera,

la interacción conduce indiscutiblemente al trabajo cooperativo o mejor aún, al aprendizaje colectivo o social, porque se desarrolla en un contexto determinado debido a diversos factores socioculturales y pragmáticos, de carácter objetivo y sujeto a cambios en un contexto determinado por diversos factores (Giordano Paredes y Moreno Celeghin, 2023: 726).

El sujeto que construye conocimiento está siempre activo ya que entra en contacto con el entorno y, según las características externas, adquiere nuevos conocimientos que le permiten modificar continuamente los que tenía anteriormente. Pero las circunstancias externas entran en contacto con los elementos biológicos y psicológicos del individuo, creando así cuatro sujetos que se diferencian en naturaleza y esencia, según Serrano y Pons, el sujeto individual, el sujeto epistémico, el sujeto psicológico y el sujeto colectivo. Dichos sujetos, constructores de conocimientos, inevitablemente, terminarán por producir cuatro modelos de Constructivismo, aunque no en modo totalmente isomorfo (2011). Esto conduce a un estadio más amplio ya que «dentro de este proceso, la interacción entre personas individuales y sus elementos cognitivos comunes e individuales

constituyen los aspectos esenciales para la construcción conjunta de conocimientos, significado y comprensión» (De Laat y Simons, 2002: 15).



Figura 2. Contexto constituyente y caracterizador de una comunidad de aprendizaje horizontal. Fuente: Elaboración propia.

En la imagen podemos apreciar el contexto que constituye y que caracteriza una comunidad de aprendizaje horizontal. En primer lugar, encontramos la confianza y el respeto por todos los integrantes de la comunidad, sin que falte el apoyo recíproco y la receptividad hacia los contenidos propuestos, y la integridad de los sujetos que la constituyen. Es importante resaltar que los componentes de una comunidad son, indistintamente, docentes y discentes, y que ambos pactan el desarrollo de un aprendizaje profesional con la visión y valores compartidos, colaborando recíprocamente pero también desde el respeto mutuo y la responsabilidad colectiva. No podemos olvidar que la curiosidad y la reflexión son el espíritu que mantiene viva y activa la dinámica de la comunidad. En pocas palabras, cada vez que se constituye una comunidad de aprendizaje se establece también, de manera natural y espontánea, un pacto de respeto, solidaridad y cooperación para que todos los miembros adquieran beneficios a lo largo del proceso de aprendizaje. Es necesario, por lo tanto, ser consecuente con los comportamientos para no alterar la función principal de la comunidad que es, ante todo, el aprendizaje efectivo.

Es así como, a través de esta propuesta de aprendizaje colectivo, se hace necesaria una inversión de los roles tradicionales, dando más protagonismo al discente para que pueda construir su propio aprendizaje. El docente seguirá siendo un componente esencial del proceso de aprendizaje y enseñanza pero en un plano horizontal; y tanto docentes como discentes construirán sus propios saberes, ya no desde una perspectiva individualista, sino desde el contacto que puedan establecer con

los demás componentes del proceso. Es decir, la interacción conduce, en última instancia, al trabajo cooperativo o mejor aún, al aprendizaje colectivo o social, porque se desarrolla en un contexto determinado por diversos factores socioculturales y pragmáticos, de carácter objetivo y sujeto a cambios. Lo que Varani denomina ambiente enriquecido de momentos de reflexión individual y colectiva, de preguntas heurísticas y de intercambios polisémicos y abiertos que ayudan al estudiante a enfrentar el aprendizaje de manera libre y basada en su propio estilo y en los intereses personales, adoptando también las estrategias necesarias (2002) que, en buena manera, aprende también de los demás. En pocas palabras, es un aprendizaje compartido y acompañado, en cuyo recorrido el aprendiz nunca se encontrará solo, y donde el riesgo de fracaso será mínimo porque «los individuos aprenden de los resultados, después de establecer un proceso de discusiones y de críticas en el interior de los grupos de debate. Como consecuencia, el concepto se convierte en bagaje cultural y en recurso social» (Giordano Paredes, 2021: 239). Por lo tanto, «el enfoque de las comunidades de aprendizaje es precisamente el contrario a la adaptación y la segregación. Las comunidades de aprendizaje transforman el contexto mediante la creación de grupos heterogéneos» (Valls y Munté, 2010: 12), y estos grupos están constituidos por sujetos de diferentes jerarquías, intereses y, a veces, incluso niveles, en el caso de las lenguas extranjeras por lo que nos concierne en este libro. Para Pelfini, por lo tanto, «el aprendizaje colectivo consiste entonces en la adquisición y en el ejercicio de la capacidad de reflexionar sobre los límites y las consecuencias de la propia acción y de plantear las necesarias barreras y regulaciones a la misma, las cuales deben tener en cuenta, imprescindiblemente, las expectativas y los intereses de otros actores» (2007: 76).

Es interesante la reflexión que hacen De Laat y Simons sobre la función de las comunidades de aprendizaje y su contribución a la obtención de resultados académicos efectivos, y con una clara y abierta salida profesional, que enriquezca y dote de personalidad a los sujetos:

Una persona que se forma vincula los nuevos conocimientos a sus conocimientos previos (es decir, la formación como proceso acumulativo) y construye nuevas representaciones internas de la información que se le ofrece [...]. Puede tratarse por tanto de una distinción entre el aprendi-

zaje por interacción social (con otros y a partir de otros) y el aprendizaje colectivo (en el que los participantes aspiran conscientemente a resultados a resultados comunes de formación o trabajo). Estos tipos de aprendizajes colectivos también suelen llamarse aprendizaje grupal o aprendizaje organizativo. Nosotros preferimos utilizar el término «aprendizaje colectivo» para describir aquellos sistemas que aspiran a lograr resultados (y en ocasiones —aunque no necesariamente— utilizan también procesos formativos) de tipo colectivo (2002: 15-16).

Después de todo lo dicho, podemos afirmar, con Molina Ruiz, que las comunidades de aprendizaje se caracterizan por la inversión en las personas, el ambiente enriquecedor, la construcción social del conocimiento, el aprendizaje compartido, las múltiples perspectivas y la centralización en el aprendizaje del estudiante (2005). A continuación, explicaremos detalladamente cada una de ellas.

Las personas, o mejor dicho los estudiantes, son el punto central de interés de cualquier comunidad de aprendizaje y la sociedad hace una gran inversión en la formación académica para que contribuyan al desarrollo social, cultural y económico de la colectividad; por lo tanto, un proceso de aprendizaje eficaz aporta mejoras a la sociedad. En un grupo de trabajo, cada uno de sus miembros se siente apoyado y sostenido por los demás, y con la contribución de todos es más fácil salir adelante y desarrollar mejor todas las competencias. Por lo tanto, un buen ambiente de estudio es la mejor sinergia para alcanzar los objetivos propuestos. El conocimiento está en manos de la colectividad, es una acción social que se adquiere a través del contacto y la interacción comunitaria, y a través de la experiencia, como resultado de compartir el aprendizaje. Al final, lo que realmente importa es, además del proceso compartido y comunicativo, los resultados de aprendizaje, y esto solo se puede medir por la experiencia adquirida en interacción con los demás miembros de la comunidad. Molina Ruiz destaca tres componentes en las comunidades de aprendizaje: «aprendizaje de colaboración, aprendizaje del maestro y aprendizaje del estudiante» (2005: 238), ya que, al desaparecer las jerarquías, el profesorado también aprende. En ese sistema en el que nadie sostiene de manera absoluta los conocimientos, estos fluyen de manera natural y se distribuyen en la comunidad de manera que sus miembros puedan adquirirlos, asimilarlos y contribuir positivamente al éxito del ciclo de aprendizaje.

Las Redes Sociales constituyen el espacio ideal para desarrollar las comunidades de aprendizaje ya que proponen modelos capaces de activar un aprendizaje previamente pasivo y transformar el sistema, con el objetivo de centrarse en el saber hacer y el saber ser, dentro de las habilidades básicas del aprendiz. Es decir, cada individuo debe ser capaz de construir su conocimiento de acuerdo con la realidad en la que actúa como sujeto y, además, debe poner en juego una serie de habilidades y estrategias de aprendizaje para poder adquirir conocimientos, en primer lugar, y posteriormente transmitirlos a los demás miembros de la comunidad de aprendizaje; comparando y autoanalizando su propio proceso, en una autoevaluación continua de sí mismo y de lo que aprende a través de la interacción. Sin embargo, el aprendizaje no es una transmisión de información sino el conjunto de factores que constituyen la personalidad del discente: habilidades, estrategias, el entorno sociocultural, el contacto colectivo y, sobre todo, la experiencia como resultado de actuar y saber hacer, en el caso concreto de la lengua meta de aprendizaje.

El estudiantado ocupa el centro de un proceso de aprendizaje en el que dispone, además de compañeros con los que compartir los conocimientos, de herramientas y recursos digitales que le permiten navegar en un espacio ilimitado donde puede realizar diferentes actividades e intercambiar ideas y conocimientos que contribuirán positivamente a su formación académica. La comunidad, por lo tanto, le ofrece todas las oportunidades que necesita para enriquecer sus competencias y reafirmar las habilidades que aportarán madurez a su formación profesional. En el caso del aprendizaje de lenguas, que es lo que más nos interesa en este caso, disfruta de un mundo abierto sin fronteras para interactuar con sujetos nativos en contextos reales y aprender a desenvolverse en entornos socioculturales y conocer las expectativas de la lengua meta. «La formación en Redes Sociales es la forma más desregulada de aprendizaje colectivo. Los participantes en la red tienen intereses comunes, intercambian ideas y se ayudan mutuamente» (De Laat y Simons, 2002: 17).

Las Redes Sociales, de esta manera, facilitan el trabajo comunitario al establecer conexiones educativas entre miembros de grupos de estudio, en lo que se puede llamar aprendizaje colectivo; es decir, aprender construyendo, comparando y compartiendo, en un contexto familiar, amigable, y lo más cercano posible a los intereses de los educandos. Por lo tanto, una comunidad de aprendizaje se puede definir como un grupo de

personas que aprenden utilizando recursos comunes que forman parte de un mismo espacio virtual, en este caso, las Redes Sociales. Los protagonistas del proceso de aprendizaje participan activamente desarrollando diversas actividades que versan sobre diferentes temas de interés en su entorno cotidiano.

Las denominadas comunidades de aprendizaje se caracterizan por tener un ambiente agradable y cercano al estudiante, lo que contribuye a enriquecer el aprendizaje, por lo que los recursos a su disposición favorecen la construcción social del conocimiento. Se desarrolla, así, el aprendizaje compartido y colaborativo, con sus múltiples perspectivas de progreso educativo, abiertas a mejorar el aprendizaje de lenguas extranjeras entre los miembros de un mismo grupo de estudio o incluso fuera, al entrar en contacto con otras comunidades, y en el caso concreto del aprendizaje de idiomas, facilita el contacto con hablantes nativos, entre muchas otras ventajas y posibilidades. Otra característica de la comunidad *online* es que cada miembro debe gestionar su propio aprendizaje, a través del diálogo, la comunicación, el intercambio cultural y la puesta en común de conocimientos, tanto en beneficio propio como de otros, en la cadena de colaboración que proporciona, de forma natural, el aprendizaje comunitario y virtual en línea. Además, la interacción permite a los miembros de la comunidad de aprendizaje, intercambiar, continuamente, información y conocimientos relevantes sobre los temas de estudio puestos en práctica, y adquirir conocimientos, de una manera sencilla y estimulante. Es, en pocas palabras, una metodología de enseñanza y aprendizaje de naturaleza abiertamente democrática y popular que transforma modelos tradicionales, estrechamente cerrados y estructurales, en espacios abiertos y flexibles de autoaprendizaje y adquisición activa de saberes. Para Trincherro, las Redes Sociales constituyen un entorno de aprendizaje en el que el estudiante mira a su alrededor, percibe el espacio cultural y social que lo rodea, crea su propia experiencia y desarrolla sus competencias, apoyándose en la construcción activa y colaborativa del conocimiento, a través de la negociación social. Como resultado del aprendizaje, visto a través de un proceso autorreflexivo, y mediante tareas auténticas y contextualizadas, consigue llegar a la realización de los objetivos propuestos, vistos como la contigüidad con otros procesos de la vida cotidiana (2014).

En estos términos nos referimos al aprendizaje colectivo, pero es preciso profundizar en la terminología específica presente en el análisis de